

## [SEXTA PARTE]

Y entonces sonó el timbre de la puerta. No como sonaba al llamar el cartero que traía los giros, o como sonaba la llamada de los bomberos, sino suavemente tres veces seguidas; como sólo el farmacéutico Egon llamaba. Esto quería decir que era sábado y, por consiguiente, día de familiaridad.

—¡Vaya, si es Egon! Casi lo había olvidado —exclamó la señora Bartolotti.

Cuando corría hacia la puerta, se dio un golpe en el codo con el armario del vestíbulo y quiso lanzar una maldición, pero se contuvo para que Konrad no volviera a llorar.

El señor Egon se había puesto el traje negro y la corbata de color gris claro, y traía en la mano un ramillete de violetas.

—Tengo dos estupendas entradas para la ópera —dijo.

—Y yo tengo un estupendo niño —dijo la señora Bartolotti.

—Segunda fila, principal, centro —dijo el señor Egon, pero se detuvo de repente, se quedó mirando a la señora Bartolotti y preguntó— ¿Cómo? ¿Qué?

En ese momento apareció Konrad en el vestíbulo. Se dirigió al señor Egon, le hizo una reverencia, le dio la mano y dijo:

—Buenas tardes, señor.

—Es mi hijo —dijo la señora Bartolotti—. Tiene siete años y se llama Konrad.

El señor Egon se puso pálido. Mucho más pálido que Konrad con las canciones indecorosas. La señora Bartolotti comprendió que debía una explicación al señor Egon. Pero no quería explicar el asunto delante de Konrad, por lo que le dijo:

—Konrad, cariño, creo que ahora hay un programa infantil en la televisión.

—Bien —dijo Konrad y se fue muy formal al cuarto de estar.

La señora Bartolotti se volvió a decirle:

—Primero hay que sacar el botón de arriba, luego apretar el tercero de abajo y después...

—Gracias, ya lo sé —contestó Konrad desde el cuarto de estar

—, nos han enseñado a manejar la televisión.

La señora Bartolotti se llevó al señor Egon a la cocina, le dio un cigarro, cogió otro para ella, puso agua para hacer café y le contó todo al señor Egon. Cuando el agua empezó a hervir, ella había terminado la narración, y cuando había pasado toda el agua por el filtro del café, el señor Egon seguía sin creerse la historia. Sólo se convenció cuando la señora Bartolotti le enseñó la lata vacía y la bolsa de la disolución nutritiva, también vacía, y los documentos y la carta.

—Incómodo —dijo el señor Egon—, sumamente incómodo.

La señora Bartolotti hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El señor. Egon observaba atentamente las puntas de sus zapatos de charol, negros y brillantes.

—¿Estáis todos ahí? —gritaban las voces de los muñecos de la televisión en el cuarto de estar.

—¡Sííí...! —decía suavemente la voz de Konrad, y por lo menos cien niños en los estudios de la televisión vociferaban— ¡Siìì...!

El señor Egon seguía contemplando las puntas de sus zapatos de charol.

—Vamos, Egoncito, di algo —rogó la señora Bartolotti.

—Devuélvelo —dijo el señor Egon en voz baja.

—¡Qué vergüenza! —dijo la señora Bartolotti, aún más bajo.

Entonces, agarró al señor Egon de la mano, le hizo levantarse de la silla y fue tirando de él por la cocina y el vestíbulo, hasta el cuarto de estar.

—Míralo —susurró la señora Bartolotti.

El señor Egon miró y vio en la pantalla un cocodrilo de plástico con escamas verdes y una cola violeta y unos ojos hechos con dos botones rojos, que se arrastraban lentamente hacia un muñeco con un gorro rojo. El muñeco, que tenía la cabeza de madera, se mostraba tranquilo y confiado.

El señor Egon vio a Konrad sentado ante el televisor. Konrad tenía puesta la gorra azul claro con el cascabel dorado. Tenía los ojos tan abiertos como la boca, y el dedo índice de la mano derecha en la punta de la nariz. Las orejas se le habían puesto rojas, y los cabellos rubios que asomaban bajo la gorra estaban revueltos. El aspecto de Konrad era el de un niño muy guapo, digno de ser amado y necesitado de protección.

—¿Qué? —preguntó en voz baja la señora Bartolotti.

—No —murmuró el señor Egon lleno de compasión—, no se puede devolver al pequeño.

—¡Claro que no! —dijo la señora Bartolotti.

En la pantalla, el de la cabeza de madera con gorro rojo, que no era en absoluto confiado, acababa de matar a palos al cocodrilo de plástico y los cien niños del estudio chillaban como monos. Konrad apartó el dedo de la nariz, se puso en pie diciendo «Pobre cocodrilo, pobrecito», se acercó al aparato y apretó el botón. Antes de que el cocodrilo estirase sus cuatro patas, la imagen había desaparecido.

—¿No te gusta el teatro de marionetas? —preguntó el señor Egon. (El señor Egon, de niño, no podía soportar el teatro de marionetas).

—Hay que tener compasión de los animales —dijo Konrad.

—Pero Konrad, ¡éste era un cocodrilo! —exclamó la señora Bartolotti—. Un cocodrilo es un animal peligroso, devora a los hombres vivos.

—Ese cocodrilo —explicó Konrad— sólo quería dormir. El del gorro rojo le ha despertado al gritar tan alto y de un modo tan grosero.

—Pero el cocodrilo venía acechándole por detrás —gritó la señora Bartolotti. (A ella, de niña, le había gustado mucho el teatro de marionetas).

—Yo creo —opinó Konrad— que los animales no saben que venir por detrás es acechar.

—Sí, pero... —tartamudeó la señora Bartolotti.

—El hombre del gorro rojo debería ir en un coche cerrado, por las zonas en las que viven animales feroces —dijo Konrad—. Eso es mucho más seguro, tanto para el cocodrilo, como para él.

—Sí, pero... —volvió a tartamudear la señora Bartolotti.

—¡Nada de pero! —gritó el señor Egon con una voz que sonó muy satisfecha—. ¡Nada de pero en absoluto! ¡El chico tiene razón!

Y, para su edad este chico es de una inteligencia poco común.

El señor Egon observaba a Konrad con particular agrado. El señor Egon, en general, nunca observaba a los niños con particular agrado; ni siquiera con un agrado normal.

El agrado del señor Egon se convirtió en auténtico entusiasmo, cuando Konrad preguntó:

—Por favor, ¿es hora ya de irse a la cama?

—¿Tienes sueño ya? —preguntó la señora Bartolotti.

—Eso no importa —dijo Konrad—. La mayoría de los niños, a la hora de irse a dormir, todavía no tienen sueño.

La señora Bartolotti tenía tan poca idea de la hora de irse a la cama como de la de comer helados. Sólo podía recordar que con frecuencia, de niña, berreaba como un demonio cuando la mandaban a la cama y que algunas veces, después de acostada, seguía berreando un rato más. De modo que dijo a Konrad:

—Quédate todo el tiempo que quieras. Tú mismo notarás cuándo quieres irte a la cama —y al decir ésto se dio cuenta de que la cama no había llegado aún. Así que explicó—: El asunto está claro. Te irás a dormir cuando nos traigan la cama.

Konrad estaba de acuerdo.

Además, Konrad seguía sin tener mucha hambre.

—¿Te apetece, quizá, un bombón? —preguntó la señora Bartolotti.

—Comer golosinas por la noche, antes de acostarse, puede hacer daño —dijo Konrad.

A pesar de todo, la señora Bartolotti le puso delante de la boca un bombón de chocolate, relleno de frambuesa y con una almendra encima. Sostuvo el bombón, delante de la boca de Konrad, hasta que por fin la abrió y ella se lo introdujo rápidamente.

—Bertita, no lo has comprendido —le regaña el señor Egon—. El niño es más sensato que tú. Y puedes estar contenta de tener un hijo que se dé cuenta de lo malo que es el azúcar para los dientes.

La señora Bartolotti murmuró algo como «pamplinas» y observó atentamente la cara de Konrad. Quería ver cómo se le iluminaba de felicidad a comer un bombón tan bueno. Pero la cara de Konrad no se llenó de felicidad. Por el contrario, Konrad parecía triste. Se tragó el bombón y luego dijo:

—Gracias, estaba muy bueno, pero me oprime.

—Vamos, Konrad —dijo riendo la señora Bartolotti—, un bombón no puede oprimirte el estómago, para eso tendrías que haberte comido toda un bolsa.

Konrad sacudió la cabeza y explicó que el bombón no le oprimía el estómago, sino la conciencia, porque comer bombones antes de irse a la cama era algo prohibido. A él le causaba opresión todo lo que estaba

prohibido. Se lo habían inculcado. También dijo muy triste que hasta ese momento, él se había sentido orgulloso del sentimiento opresor que le producían las cosas prohibidas, pues había sido la materia de enseñanza más importante que habían tenido en la «Sección de puesta a punto». Konrad aclaró:

—Se llamaba clase de sentimiento de culpabilidad, y los niños instantáneos que no la dominaban a la perfección, no podían salir de la fábrica —Pero, de pronto, Konrad se calló asustado porque no podía hablar de la fábrica; salvo en caso necesario.

—Aterrador —murmuró la señora Bartolotti.

Pero el señor Egon clamó:

—¡Es el muchacho más estupendo que he visto nunca! Si todos los chicos fueran así, ya hace tiempo que yo tendría uno. ¡Un chico de siete años tan bien educado, tan complaciente, comedido y formal, es un consuelo!

—Egoncito, eres un cretino —dijo la señora Bartolotti.

Pero el señor Egon no lo oyó porque seguía hablando de Konrad con enorme entusiasmo. Y siguió aún largo rato, sin dejarse interrumpir, ni siquiera cuando llegaron, por fin, a entregar la cama.

Habló mientras la señora Bartolotti metía en una funda un almohadón del sofá, habló mientras ella extendía las sábanas sobre el colchón y habló mientras ponía una funda al más mullido y bello edredón que poseía. Y continuó hablando de que un niño tan bien educado, delicado y formal como Konrad era poco frecuente, y que un niño así necesitaba una protección mayor de la que la señora Bartolotti podía ofrecerle.

La señora Bartolotti asintió —en realidad porque no había prestado mucha atención— y acabó de ordenar con unos golpecitos la almohada y el edredón. Pero, como a lo largo del discurso del señor Egon había oído tres veces en poco tiempo la palabra «padre», dejó de asentir con la cabeza. Empujó la cama hasta meterla en el dormitorio, gritó «Un momento, Egoncito», volvió, se sentó en la mecedora frente al señor Egon, y preguntó:

—Dime, ¿qué hablabas antes de un padre?

—Necesita urgentemente uno —dijo el señor Egon.

—¡Ya lo tiene! —gritó la señora Bartolotti—. Lo pone en su partida de bautismo. Konrad August Bartolotti. ¡Ese es su padre!

—¡Si ese es su padre —gritó el señor Egon, mientras en su frente se formaban cuatro profundas arrugas de preocupación—, deberá volver y ocuparse de la formación de este niño encantador!

Porque ése es su deber.

La señora Bartolotti se puso furiosa al oír aquello. Gritó que no necesitaba para nada a Konrad August. Hacía tiempo que le había dicho a Konrad August que se fuera al diablo o al quinto pino, y al parecer allí estaba ahora, y allí podía seguir.

—Entonces, alguien tiene que hacerse cargo del puesto del padre, y yo... —empezó a decir el señor Egon.

No pudo seguir hablando porque Konrad se presentó descalzo en el cuarto de estar y preguntó dónde, por favor, se podía lavar y si había en la casa un cepillo de dientes para él.

No había en la casa un cepillo de dientes para Konrad. Pero la señora Bartolotti, suspirando, se decidió al menos por sacar del lavabo el jersey y los vaqueros, para que Konrad pudiera lavarse.

—Espera un momento —dijo a Konrad—, en seguida limpio el cuarto de baño.

Suspiró tres veces más y se sintió bastante digna de compasión, porque limpiar era para la señora Bartolotti el trabajo más espantoso del mundo.

Cuando regresó al cuarto de estar, el señor Egon y Konrad estaban sentados uno junto a otro y sonreían.

—Ahora soy yo su padre —dijo el señor Egon—. Konrad está de acuerdo.

Konrad asintió. La señora Bartolotti miró a Egon, miró a Konrad, suspiró y dijo:

—Bueno, pues tendré yo que estar de acuerdo también.

Pero, en realidad, ella no estaba de acuerdo. En primer lugar, no creía que un chico de siete años tuviera tanta necesidad de un padre. Y en segundo lugar, de necesitar un padre, ¿por qué uno tan aburrido, tan tontaina como Egon? Egon, pensaba, vale como amigo dos veces por semana para mí, pero no como padre.

Sin embargo, como Konrad sonreía tan contento, repitió:

—Bueno, pues también yo estoy de acuerdo.

Cuando ya hacía rato que Konrad se había acostado y dormía — según Egon «como un angelito»— el señor Egon y la señora Bartolotti seguían sentados en el cuarto de estar. El señor Egon se estaba tomando un whisky con mucha soda y la señora Bartolotti, vodka con una guinda.

—Mañana tienes que llevar a Konrad a la escuela y matricularle

—dijo el señor Egon.

—Mañana es domingo —contestó la señora Bartolotti—, día de descanso en las escuelas.

—Pues entonces pasado mañana —dijo el señor Egon.

Continuó hablando de cómo disfrutaría sus futuros placeres de padre, cuando Konrad empezara a traer a casa un sobresaliente tras otro. La señora Bartolotti no sentía por adelantado los placeres de madre por las futuras notas de Konrad. Ella quería ver la película policíaca de la televisión, pero lo impidió el señor Egon.

### **ACTIVIDADES – SEXTA PARTE**

- 1.- ¿Quién llegó a casa de la señora Bartolotti?
- 2.- ¿Cómo iba vestido el señor Egon?
- 3.- ¿A dónde quería invitar el señor Egon a la señora Bartolotti?
- 4.- ¿Dónde envía la señora Bartolotti a Konrad para poder hablar a Egon?
- 5.- Se creyó el señor Egon lo que le contaba la señora Bartolotti
- 6.- ¿Qué veía Konrad en la tele?
- 7.- Cuando Konrad terminó de ver la tele ¿qué preguntó?
- 8.-¿Cómo consideraba el señor Egon a Konrad?
- 9.- ¿Qué propuso el señor Egon a Konrad y luego a la señora Bartolotti?
- 10.- ¿Qué hicieron la señora Bartolotti y Egon cuando Konrad se durmió?